

“El espacio público virtual no sustituye al físico e incluso lo puede enriquecer”



Jordi Borja es una de las figuras contemporáneas más destacadas en el análisis del espacio público.

Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología. Master en Urbanismo y Geografía. Docente en la Universidad de Barcelona y Diputado en el Parlamento de Cataluña. Se destaca como analista del espacio público, tal como evidencia la creación del programa de Descentralización y Participación Ciudadana de Barcelona y sus participaciones en las reformas político-administrativas que realizó en Barcelona, Buenos Aires y otras ciudades de América latina.

por **María de la Paz Echeverría**

Licenciada en Comunicación Social, Docente e Investigadora, Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Maestrando en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Becaria de Iniciación a la Investigación (2007-2008), Perfeccionamiento en la Investigación (2009-2010) y Formación Superior en Investigación, UNLP.

Luciano Grassi

Profesor en Comunicación Social, Docente e Investigador, UNLP y UNQ. Maestrando en Planificación y Gestión de Procesos Comunicacionales, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Becario de Iniciación a la Investigación y Perfeccionamiento en la Investigación, UNLP.

En esta entrevista realizada el 31 de marzo de 2011, el urbanista catalán Jordi Borja analiza las nuevas formas que adquieren los espacios públicos en el marco de las transformaciones contemporáneas, prestando especial atención a la inseguridad, la creación de barrios cerrados y *countries*, y el surgimiento de nuevos espacios públicos como los *shopping* o los vínculos que se establecen por Internet, invitando a repensar los modos en que los definimos e intervenimos sobre ellos.

– ¿A partir de cuándo el concepto de espacio público está presente en las retóricas políticas y urbanísticas?

–El concepto de espacio público nace a partir de la mitad del siglo XIX, cuando en las ciudades se impone el catastro, con lo cual se hace rígida la propiedad privada de lo urbano y, por lo tanto, el sector público utiliza el catastro para ejercer un cierto control –especialmente de carácter fiscal– sobre el capital privado. Por otra parte, necesita garantizar que haya espacios no exclusivos del sector privado. Espacios diarios, espacios para edificios públicos, espacios para estar, para hacer actividades en la calle o en donde sea; en el parque, la plaza. Ese espacio público aparece como un espacio en parte residual, pendiente de uso, en parte diario, y aparece sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX. Surge también el espacio público como espacio representativo, espacio monumental, espacio de expresión del poder, fundamentalmente, y esto es visto históricamente.

En la actualidad, el espacio público empieza a imponerse en Europa, en la segunda mitad del siglo XX, cuando hay una tendencia a reducir el espacio público al espacio

Entrevista a Jordi Borja urbanista catalán



diario, entonces aparecen políticas, propuestas culturales a decir “no”. El espacio público no puede ser únicamente el espacio diario, sino que tiene que ser también un espacio donde la sociedad se exprese: sea el espacio sobre sus colectivos, usos de ocio, usos comerciales, usos simbólicos, usos de poder.

–¿Estas transformaciones se dan fundamentalmente por el propio uso de los sujetos o por las propuestas del Estado?

–Es que siempre hay de todo, es decir, los estados y sus gobiernos hacen políticas que, muchas veces, pueden ser ambivalentes. Por una parte, buscan que haya un espacio público como espacio superactivo (esto es porque hay una demanda social sobre todo en los sectores democráticos donde hay presión social) y, al mismo tiempo, buscan controlar este espacio. Cuando el Estado es autoritario –por ejemplo, en España con la dictadura– uno no podía ver a más de tres personas permanecer en forma estable en un lugar. La policía tenía derecho a disolver ese grupo, si había más de tres personas juntas en el espacio público abierto, e incluso en el espacio cerrado: cualquier encuentro que reuniera a más de veinte personas necesitaba permiso de la policía, es decir, que había una negación del espacio público. Pero en los países democráticos se aceptaba –a veces, incluso, se facilitaba– que el espacio público fuera de uso colectivo, espacios de usos polivalentes, de ocio, de expresión política, convivencia, etcétera; de compartir dentro de la sociedad, pues hay un uso espontáneo del espacio público –si existe– y a veces, también, los espacios se conquistan. Por ejemplo, el Zócalo de México estuvo mucho tiempo excluido a la población para que se instalara ahí; o sea, podían utilizarlo como un espacio diario (podían ir de un lugar a otro), pero el espacio público del Zócalo, en realidad, era un espacio político exclusivo del poder, hasta que en los años noventa la gente conquistó este uso del espacio e instó a sectores democráticos del gobierno a que se despertara y facilitara el uso a la población, logrando que luego ese espacio del Zócalo sea el espacio de las manifestaciones donde se realizaban las protestas. Entonces, hay un proceso de conquista del espacio público. También en términos “no políticos”: hay espacios que no tenían este estatuto jurídico o no tenían un uso como espacio público, que acaban convirtiéndose –a través de un uso de la gente– en espacio público, aunque inicialmente no tuvieran este destino.

–¿Cree que estos procesos dictatoriales, estos procesos de represión sobre la gente, han dejado marcas en los usos actuales del espacio público?

–Yo más bien diría lo contrario, lo que marca la memoria es más la conquista que el estado anterior. Es decir, en el derrumbe del muro de Berlín o en la ocupación de Praga, lo que está en la memoria colectiva es la conquista, lo otro es un recuerdo superado. Las nuevas generaciones han vivido el espacio público como espacios de uso con cierta libertad, no creo que estén marcadas por un pasado.

–Y en relación con la temporalidad ¿considera que hay un desfase entre las transformaciones propias del territorio –los crecimientos, por ejemplo– o de los espacios urbanos y las memorias de los sujetos? ¿Percibe cierta lógica de nostalgia de un pasado en la rememoración de sus calles, de sus usos?

–Sí, pero ya lo sabemos. Las ciudades cambian más deprisa que el corazón de los mortales. Todos tenemos melancolía, nostalgia de la desaparición de los espacios de la infancia. Y por lo tanto, los cambios en la ciudad, pues cambian o hacen desaparecer espacios ligados a tu emotividad o a la formación de esos sentimientos. Entonces el problema no creo que esté en el tema de la nostalgia, sino en cuando los cambios se entrometen en la vida urbana. Es decir que por ejemplo, los barrios de una ciu-



dad tienen su historia y configuran un perfil siempre diferente a otros. Cuando en función de la modernización se destruyen todos los rastros del pasado, entonces para construir una arquitectura homogénea se iguala a todas las otras, entonces lo que hay es un empobrecimiento; en este caso, la nostalgia tiene una razón crítica de ser. Por ejemplo, si tú vives en una zona próxima a un puerto, próxima a una estación y se hace desaparecer el puerto y se hace desaparecer la estación para crear espacios, pues ese barrio ha perdido su identidad. Esto no significa que no haya transformaciones si ellas mejoran la vida cotidiana, pero aún así, vale la pena mantener la arquitectura que se puede reutilizar y aquellos elementos que marcan ese territorio.

–Con relación a cómo el Estado concibe hoy al espacio público y cómo lo concebía quizás en el siglo XIX ¿Cuáles cree que fueron las mayores transformaciones que se produjeron en él?

–Lo que creo que es más significativo del momento actual es cómo la ideología del miedo y la hiperseguridad, que se ha generado en la ciudad, empobrecen el espacio público –porque tanto Europa como América Latina hoy son mucho más seguros que antes, mucho más– y, sin embargo, existe esta especie de psicosis, esta especie de campañas mediáticas y encuestas alarmistas, que afirman cifras de inseguridad que es algo supremamente disparatado. Esto empobrece al espacio público, favorece el control policíaco, ahora aumentado por las empresas de vigilancia... En este sentido hay un empobrecimiento gratuito del espacio público. Esto se ve muy fuerte tanto en el norte como en América Latina. Puede parecer que hay más riesgo en el espacio público, pero si vieras los datos objetivos, pues ahí donde hay problemas de inseguridad, de violencia, etcétera, fundamentalmente es en las zonas comunes marginales, es decir las víctimas de la inseguridad son fundamentalmente sectores pobres que viven en barrios marginales, y esto se expresa en esas leyes en las que hay mucha ideología y hay mucho, también, de miedo a la pobreza, de miedo a los otros.

–¿Por qué afirma que actualmente las ciudades son más seguras que antes?

–Por razones diversas. Por una parte, están más preparadas para resistir a las catástrofes como son los terremotos, las inundaciones, los incendios, etcétera. Es decir que en el siglo XIX y principios del XX los incendios, por ejemplo, eran muy difíciles de frenar, o la higiene... también la higiene del espacio público. O sea que ahora funciona muchísimo más la limpieza de las calles, la recogida de la basura, es decir, más salud en algunas ciudades que en otras, pero son cuestiones ahora naturalizadas.

–Y esta ideología del miedo ¿qué genera en el espacio público?

–Genera empobrecimiento, genera, pues, vigilancia, genera privatización, pero creo que el principal factor novedoso es la aparición, el desarrollo de zonas cerradas, los llamados “barrios cerrados” que, a veces, están en la misma ciudad compacta o tal vez fuera de la ciudad a varios kilómetros... Sinónimos de calles cerradas. Esto ocurre en Estados Unidos, ocurre en México, ocurre en Brasil, ocurre en la Argentina, ocurre en Colombia, es una plaga... Y esto, sí que es la negación del espacio público, zonas de un espacio supremamente grande de la ciudad que están cerradas a los propios ciudadanos.

–Siguiendo esta línea de la lógica de la inseguridad que invade el territorio, el que usted entendió como espacio de la socialidad, ¿comienza a ser un territorio sólo de tránsito?

Entrevista a Jordi Borja urbanista catalán



–El tránsito es inevitable. Pero incluso hay una proliferación del automóvil privado, en detrimento del transporte colectivo, que hace que se transite el espacio público del modo más rápido posible: es decir, se eligen rutas rápidas, opciones rápidas para llegar, ya no son calles. No estoy de acuerdo con esos estudios del planteamiento y del movimiento moderno de los años veinte/treinta, que dicen que la calle ha muerto, porque la calle precisamente es lo que hace a una ciudad, garantiza un sistema capilar de espacio público, que después vino disfrutado por plazas, por parques, por equipamientos, espacios de transición entre lo público y lo privado, etcétera. Pero el elemento más importante del espacio público es la calle, porque es el que ordena la vida urbana, o sea que te diría que la ciudad es ante todo un espacio público.

–Suelen escucharse voces que afirman que estas lógicas de inseguridad han vaciado los espacios de encuentro, ¿usted qué opina?

–Es que en la vida real nunca hay afirmaciones de blanco o negro. Hoy vemos tanto tendencias de desaparición del espacio público, como los barrios cerrados o las plazas cerradas, a las propias gentes que viven alrededor de esas plazas; pero también vemos espacios de integración, porque cada vez más la gente de la periferia se mueve hacia las áreas centrales de la ciudad, pues hay procesos políticos en que la gente toma la calle, estrategias de supervivencia que convierten las zonas diarias en zonas comerciales, en puestos ambulantes, etcétera. Por lo tanto, lo que hay que tener en cuenta es que en la ciudad siempre hay dinámicas contradictorias que se comprometen.

–Actualmente, ¿puede reconocer nuevos espacios públicos, nuevas relaciones, nuevos usos?

–Pues, sí, claro. Por ejemplo, los centros comerciales ¿son espacios públicos o no lo son? Pues terminan siendo espacios públicos los centros comerciales. Incluso hoy yo soy partidario de los centros comerciales –sobre todo éstos que están en medio de la nada–, están fuera del tejido urbano, pero siempre los centros comerciales, en parte, juegan un papel de espacio público: hay gente que, en Buenos Aires mismo, los fines de semana va a pasear por Alto Palermo, o por el parquecito... porque hay centros comerciales que generan calles, puntos de encuentro, etcétera. Pero también hay un permanente control. He visto, por ejemplo, en Colombia, que a la gente, según el aspecto, no la dejan entrar en los centros comerciales... En muchos centros comerciales no hay dónde sentarse, dónde estar... y para sentarse tienes que ir a una cafetería y por lo tanto tienes que pagar; por lo tanto, estos centros comerciales espacios públicos de baja calidad (en el sentido de baja calidad social), porque no es lindo que excluyan a una parte del total de la población. Por ejemplo, alrededor de las estaciones, de los hospitales, etcétera, se generan espacios públicos. Se generan espacios públicos porque hay formas de comercio, hay lugares donde la gente se reúne, porque a veces tiene que esperar horas; los espacios públicos no se reducen a la calle y a la plaza; también los equipamientos son espacios públicos en sus casos, y aquí es donde interviene también la confección, el diseño, etcétera. Los espacios públicos pueden ser de muchos estilos; después hay espacios de transición. Por ejemplo, en el centro histórico de París hay un gran equipamiento cultural. Es un edificio enorme, pero es un edificio enorme muy transparente, porque aunque en la planta baja puedes entrar y mirar cosas etcétera, también es un lugar donde hay gente que está sentada en los escalones de afuera y que ve el edificio que está adentro... No pasa por entrar necesariamente, los que están adentro están un poco afuera, porque las escaleras que suben a los distintos pisos son externas, los que están afuera están un poco adentro, porque



las paredes vidriadas permiten ver. Esto es una situación en que un espacio público es interno y externo, porque –aún cuando en teoría podrían controlar la entrada en la planta baja– este espacio se convierte en un espacio público semipúblico o espacio de transición entre lo público y lo privado.

–¿Considera que hoy ciertos espacios virtuales puedan ser usados con una lógica de espacio público?

–Espacios virtuales... si por espacios virtuales entendemos Internet, podemos decir que Internet por sí solo no es espacio público, porque para que haya espacio público es requisito estar conectado, navegar por Internet, relacionarse con otros. Visto así, sí es un espacio público, y en realidad pues los blogs, los facebooks, etcétera, generan formas de sociabilidad nueva que sí, que pueden asemejarse a las formas de sociabilidad que se generan en la sociedad físicamente.

–Y desde ese lugar ¿es posible pensar a los espacios públicos virtuales como un reemplazo de los espacios públicos físicos?

–¿Reemplazo? Bueno, cuando se descubrió el teléfono se decía que la gente no se vería porque se hablaría por teléfono y nunca quedarían para encontrarse en la calle. Y en realidad el teléfono ha servido fundamentalmente para crear contacto entre la gente. Internet ha favorecido mucho las relaciones físicas, de contacto, de encuentro... Por ejemplo, estoy seguro de que si no fuera porque existen las computadoras, Internet, etcétera, los vínculos hoy serían mucho menores; porque la correspondencia tardaba muchísimo en llegar: tú le escribías una carta que se entregaba a un mensajista, con la formalidad de que había que llevarla al correo, la carta llegaba al cabo de una semana; la otra persona podía demorarse una semana o quince días o un mes o tres meses en contestarte. Ahora yo estoy en contacto permanente con muchas personas de América Latina, les escribes cuatro líneas y te contestan de ipso facto, y esto favorece hacer cosas conjuntas y va favoreciendo que la gente se vea. El espacio público virtual no sustituye al físico e incluso, muchas veces, lo puede enriquecer.

–¿Cuáles cree que han sido o son los desafíos que enfrentan hoy los profesionales del urbanismo, el Estado, en torno de la construcción de este espacio público?

–Bueno, de pronto, el desafío es dar una respuesta o reaccionar frente a las tendencias a destruir el espacio público –a que haya prohibición del espacio público–; entonces, diría que el principal deber de los profesionales es denunciar las dinámicas destructoras de la ciudad, que se concretan en crear zonas de obstrucción, zonas de especialización, de extensión de dinámicas fragmentadoras del tejido urbano. Hay segregación social, hay exclusión, hay privatización, y de parte de la sociedad civil hay complicidad en estas operaciones...

–¿Y cuáles considera que son las estrategias concretas a realizarse en torno de este problema?

–Hay que conseguir que se abran esos espacios que estaban cerrados, como fue el caso de Rosario, en donde han logrado la apertura esos espacios. También trazar políticas de Estado lo suficientemente potentes. Hay experiencias positivas y hay experiencias que también reaccionan frente a estos reclamos. No se trata de inventar nada, sino que se trata de denunciar lo malo y rescatar estas experiencias positivas, porque en todos lados hay experiencias positivas sobre los usos del espacio público.

Entrevista a Jordi Borja urbanista catalán



Frases destacadas

“Entonces, hay un proceso de conquista del espacio público. Hay espacios que no tenían este estatuto jurídico o no tenían un uso como espacio público, que acaban convirtiéndose –a través de un uso de la gente– en espacio público, aunque inicialmente no tuvieran este destino”.

“Lo que marca la memoria es más la conquista que el estado anterior. Es decir, en el derrumbe del muro de Berlín o en la ocupación de Praga, lo que está en la memoria colectiva es la conquista, lo otro es un recuerdo superado”.

“Las ciudades cambian más deprisa que el corazón de los mortales”.

“Y esto, sí que es la negación del espacio público [los barrios cerrados], zonas de un espacio supremamente grande de la ciudad que están cerradas a los propios ciudadanos”.

“El elemento más importante del espacio público es la calle, porque es el que ordena la vida urbana, o sea que te diría que la ciudad es ante todo un espacio público”.

“Los espacios públicos no se reducen a la calle y a la plaza”.

“Lo que creo que es más significativo del momento actual es cómo la ideología del miedo y la hiperseguridad, que se ha generado en la ciudad, empobrecen el espacio público”.

“Visto así, sí es un espacio público, y en realidad pues los blogs, los facebooks, etcétera, generan formas de sociabilidad nueva que sí, que pueden asemejarse a las formas de sociabilidad que se generan en la sociedad físicamente”.

“El espacio virtual no sustituye al físico e incluso, muchas veces, lo puede enriquecer”.